

CLAUSURA DEL AÑO MARIANO ORIONINO

11 DE FEBRERO 2024 – 20 DE NOVIEMBRE 2024



*Familia Carismática Orionina
en camino con María*



Presentación

Queridos hermanos,

Nos acercamos a la celebración de la semana de la Familia Carismática, durante la cual tendrá lugar también la clausura del Año Mariano Orione, año que ha sido dedicado a la «Madre de Dios», según el título que el mismo Don Orione quiso elegir como distintivo de la devoción mariana de nuestra Congregación.

Hemos pensado prepararnos para vivir este momento con un sencillo itinerario de reflexión y oración, acompañados por la Virgen María. Ahora lo ofrecemos a todos los hermanos y hermanas de la gran Familia Carismática Orione.

Se trata de un itinerario de seis días: cada día una palabra del Evangelio nos introducirá en la meditación de una actitud de fe que María nos sugiere con su ejemplo. Las palabras del Papa y las de Don Orione nos ayudarán también a entrar en el corazón de nuestra espiritualidad mariana.

El itinerario concluirá el séptimo día con el rezo del rosario y un acto de entrega a María, acompañado de un gesto en honor de la Mater Dei, para retomar el gesto con el que comenzamos el Año mariano.

¿Cuándo? El camino de seis días puede comenzar el jueves 14 de noviembre, hasta el martes 19; el miércoles 20 de noviembre, fiesta de la Madre de la Divina Providencia, al concluir el Año Mariano Orione, el séptimo día con el rezo del rosario y el acto de entrega.

¿A quién? Es una propuesta que ofrecemos a todas las comunidades FDP y PSMC, y a todos los consagrados ISO e ISMN, y a los laicos MLO, y a todos los que de alguna manera viven en torno al mundo orionino.

¿Cómo? Cada comunidad, o cada individuo, se organizan: este camino puede sustituir a la lectura espiritual, o al rezo de vísperas, o al rosario... Individualmente, cualquier momento puede ser bueno.

¡Feliz camino!

Rosita Dore ISO

Dina Guardini ISMN

Suor M. Rosa Delgado Rocha PSMC

Armanda Sano MLO

Don Fausto Franceschi FDP



Texto del Evangelio

Aquí estoy. Que se cumpla (Lc 1, 30-38).

Pero el ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado el favor de Dios. Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús. Será grande y justamente será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David; gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás.»

María entonces dijo al ángel: «¿Cómo puede ser eso, si yo soy virgen?» Contestó el ángel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel está esperando un hijo en su vejez, y aunque no podía tener familia, se encuentra ya en el sexto mes del embarazo. Para Dios, nada es imposible.» Dijo María: «Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí tal como has dicho.» Después la dejó el ángel

Meditamos

- * **Aquí estoy:** esta palabra nos dice que María está habitualmente en presencia de Dios, María está en actitud de escucha: estoy a tu disposición, estoy abierta a tu presencia y a tu palabra. María es la que abre su mente y su corazón a la escucha, en actitud de búsqueda y anhelo de oír resonar en su vida la voz de Dios.
- * Esta es la primera actitud de fe que aprendemos de María: la de la presencia, la de estar ante el Señor a la escucha. Concretamente: estar en silencio, acoger su palabra, tener una actitud de oración: la voz de Dios sólo puede escucharse en este clima de estar ante Él, sin nada más y sin nadie más en la mente y en el corazón.
- * La voz de Dios no puede ser escuchada si otras voces retumban en la mente y el corazón (recuerda la suave brisa de Elías, no el viento impetuoso o el terremoto o el fuego...).
- * Preguntémonos: qué espacio hago en mi vida para escuchar en silencio, qué deseo y qué búsqueda hay en mí de la palabra de Dios, estoy dispuesto a decir: aquí estoy Señor, habla, te escucho (recuerda al pequeño Samuel en el Templo).
- El corazón de María está en actitud de acogida: pero la acogida exige una respuesta personal y plena. Al «aquí estoy» sigue una definición: María se dice «esclava del Señor», totalmente abierta a su voluntad. Esta apertura se expresa en la afirmación: «hágase en mí según tu palabra». El Aquí estoy necesita el **que se cumpla!**. Dios entra así en la historia del mundo con su humanidad.
- De la escucha a la adhesión: no basta con decir al Señor: he escuchado tu palabra (recuerda el evangelio: comimos y bebimos en tu presencia, predicaste en nuestras plazas y te escuchamos, ...); no basta con escuchar, la escucha debe dar lugar a la adhesión, sí, al abandono a la voluntad de Dios.
- Es la 2ª actitud de fe que aprendemos de María: la adhesión a la voluntad de Dios, el sí a su palabra, el «fiat»... El abandono de la propia vida al plan de Dios, dejándole a Él la guía, la dirección de nuestra existencia.

- Es, en otras palabras, la virtud de la obediencia: la obediencia a Dios es el otro nombre de la fe en Él: si creo en Él, si escucho su palabra, el fruto debe ser el sí a su voluntad.
- Preguntémosnos: ¿mi actitud es de disponibilidad para decir sí al Señor cada día? ¿Es mi oración ante todo un «hágase tu voluntad» (recordemos el Padre Nuestro)? ¿Realmente repito muchas veces al Señor: 'aquí estoy Señor, aquí estoy, te escucho porque quiero hacer tu voluntad, porque quiero que tu plan se realice en mi vida'?

La Palabra del Papa

María está en oración, cuando el arcángel Gabriel viene a traerle el anuncio a Nazaret. Su “he aquí”, pequeño e inmenso, que en ese momento hace saltar de alegría a toda la creación, ha estado precedido en la historia de la salvación de muchos otros “he aquí”, de muchas obediencias confiadas, de muchas disponibilidades a la voluntad de Dios. No hay mejor forma de rezar que ponerse como María en una actitud de apertura, de corazón abierto a Dios: “Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras”. Es decir, el corazón abierto a la voluntad de Dios. Y Dios siempre responde. ¡Cuántos creyentes viven así su oración! Los que son más humildes de corazón, rezan así: con la humildad esencial, digamos así; con humildad sencilla: “Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras”. Una oración sencilla, pero es poner nuestra vida en manos del Señor: que sea Él quien nos guíe. Todos podemos rezar así, casi sin palabras. (*Papa Francisco, Audiencia general, miércoles 18 de noviembre de 2020*).

La Palabra y la Vida de Don Orione

No basta amar, honrar a la Virgen con cantos y alabanzas: debemos honrarla, imitarla en sus virtudes, en sus prerrogativas: así nuestro amor será verdadero y mereceremos su ayuda, su patrocinio, no sólo para nosotros, sino para las almas que se nos confían. Prometamos ser verdaderos devotos de María, esforcémosnos por imitar sus virtudes: humildad, pureza, caridad, santidad de vida. Pongamos en María Santísima, nuestra Madre celestial, toda la confianza, la mayor confianza, y dirijámonos continuamente a Ella y descansenmos tranquilos en sus manos inmaculadas. Seamos sinceros devotos de la Santísima Virgen, imitando sus virtudes con la ayuda divina, observando cada vez con mayor empeño la ley de su Hijo, Redentor y Dios nuestro, Jesucristo. (DOLM, p. 1999).

Rezamos con Don Orione

Salve, oh Madre amantísima, que ves y oyes incluso desde lejos.

Recibe mi saludo, humilde, reverente, filial; siente el ferviente latido de este corazón
¡que traspasa los mares y llega a tu corazón!

Exulta, oh alma Donna del Cielo, ¡y acepta mi agradecimiento por tus muchas bendiciones y maravillas! Te invoco, te suplico por mí y por todos,

«¡Oh Virgen, oh Señora, oh Toda Santa!

A tus pies pongo mi corazón y toda mi pobre vida:

¡mil veces te bendigo, mil y mil veces te amo!

(DOLM III p. 1739).

Evangelio:

Magnificat. (Lc 1, 39-49).

Por entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: «¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas. ¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!» María dijo entonces: *Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque se fijó en su humilde esclava, y desde ahora todas las generaciones me llamarán feliz. El Poderoso ha hecho grandes cosas por mí: ¡Santo es su Nombre!*

Meditamos

- * Una tercera palabra sella el camino de fe de la Virgen: el canto del Magnificat, que nos ayuda a interpretar la acción de Dios como una intervención de amor. Expresa el asombro del corazón humano ante las maravillas de Dios, y se convierte en un «canto de alabanza» a Dios y en una «oración de acción de gracias».
- * La acción de gracias y la alabanza es la 3ª actitud de fe que aprendemos de María. Sí, acción de gracias y alabanza porque la fe significa reconocer los grandes dones, las grandes obras que Dios ha hecho en mí, más sencillamente significa reconocer que Dios está y actúa en mi vida. Que vivo en el corazón de Dios, en el amor de Dios, y que todo es un don.
- * A menudo para muchos cristianos la fe es simplemente pedir... pedir a Dios lo que necesitamos, confiar en Él en nuestra debilidad y fragilidad humanas. Así es, Jesús también nos lo enseña, pero nos enseña que la fe no puede ser sólo esto; antes viene el reconocimiento del amor de Dios que nos salva y se entrega a nosotros con la plenitud de su amor... de ahí el agradecimiento y la alabanza.
- * Preguntémonos: ¿expresa nuestra oración nuestra fe; indica el modo en que rezamos el modo en que creemos: sabemos dar las gracias y alabar al Señor más que pedir? ... para que nuestra fe sea ante todo contemplación del amor de Dios en sus obras de salvación y luego petición confiada de cada una de nuestras necesidades, de lo que ya ha hecho por nosotros antes que de lo que quisiéramos que hiciera por nosotros (Jesús nos recuerda: no se preocupen, no pidan, el Señor lo sabe... busquen más bien el reino... alabad al Señor).

La Palabra del Papa

Concluyo proponiendo como ejemplo para vuestra misión y vuestro servicio a los pobres el icono de la Visitación. Al igual que la Virgen María, pónganse en camino, a toda prisa —no la prisa del mundo,

sino la de Dios— y llenas de la alegría que habita en vuestro corazón canten vuestro Magnificat. Canten el amor de Dios por toda la creación. Anuncien a los hombres y mujeres de hoy que Dios es amor y puede llenar de significado el corazón de quien lo busca y se deja encontrar por Él. (*Papa Francisco, al CG de las PHMC, 26 mayo 2017*).

La Palabra y la Vida de Don Orione

¡María! ¡Santa María! ¿No eres tú «el segundo nombre»? ¿Y hay nombre más suave y más invocado, después del nombre del Señor? ¿Hay alguna criatura humana, hay alguna mujer, hay alguna madre más grande, más santa, más piadosa? Nuestras madres pasan, mueren: María, Madre de nuestras madres, es la gran Madre que no muere. Han pasado veinte siglos y hoy está más viva que cuando cantó el Magnificat y profetizó que todas las generaciones la llamarían bienaventurada. María permanece, vive y permanece, porque Dios quiere que todas las generaciones la escuchen y la tengan por Madre. María es la gran Madre que brilla con gloria y amor en el horizonte del cristianismo, es guía y consuelo para cada uno de nosotros: es Madre poderosa y misericordiosa para todos los que la llaman e invocan. (Carta del 27.6.1937).

Rezamos con Don Orione

Te quiero a Ti, oh Virgen Santa:

Te llamo, Te sigo, Te amo.

Llévame, Virgen Santa

entre las multitudes que llenan las plazas y las calles;

Salve, oh toda blanca, Inmaculada Madre de Dios:

¡Augusta Reina!

Salve, oh gran Señora de la Divina Providencia,

¡Madre de Misericordia!

Tú eres todopoderosa en el corazón de Jesús,

Tu Dios y Tu Hijo,

¡y Tus manos están llenas de gracia! (DOLM p. 1683).

Texto del Evangelio:

Custodiaba. (Lc 2, 46-51).

Al tercer día lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los maestros de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas. Sus padres se emocionaron mucho al verlo; su madre le decía: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo hemos estado muy angustiados mientras te buscábamos.» Él les contestó: «¿Y por qué me buscaban? ¿No saben que yo debo estar donde mi Padre?» Pero ellos no comprendieron esta respuesta. Jesús entonces regresó con ellos, llegando a Nazaret. Posteriormente siguió obedeciéndoles. Su madre, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón.

Meditamos

- * La narración de la Navidad, la presentación en el templo, la pérdida y el hallazgo del niño en Jerusalén: el verbo atribuido a la Virgen Madre es: «Ella guardaba», guardaba en su corazón. Atestigua la presencia silenciosa de la Madre al contemplar e interiorizar el misterio de su Hijo. Y esta contemplación acompañará a la Virgen en la revelación progresiva del Hijo que culminará en el misterio pascual.
- * Esta es la 4ª actitud de fe que aprendemos de María: la meditación, la penetración en el misterio...
- * Tengamos en cuenta que no todo fue claro y fácil para María, ni mucho menos... fue una «peregrina en la fe», dice el Papa Juan Pablo II... significa que también ella tuvo que enfrentarse a la oscuridad que todos afrontamos durante los acontecimientos de nuestra vida.
- * Después de todo, las promesas de Dios no eran ciertamente evidentes. Ser madre permaneciendo virgen, concebir no como un hombre sino por el Espíritu Santo, un hijo que será grande e hijo de Dios (por mucha fe que se tenga, imagínense lo que esto puede significar: ¡mi hijo es Dios!)... y luego los años, ¡30! de vida en Nazaret donde no se ve nada de todo esto: un niño como cualquier otro, que se hace joven y un hombre como cualquier otro, que trabaja de carpintero sin ningún signo de divinidad... Hasta el momento del comienzo de su ministerio... esos 30 años son una prueba de fe nada despreciable...
- * Aquí se nos presenta a María como la que guarda en su corazón todo lo que se refería a su hijo, en actitud de profunda meditación, iluminada por la oración, para descubrir en ello las huellas ocultas del cumplimiento de la promesa de Dios.
- * Aprendemos de María: a guardar en el corazón los acontecimientos bellos y dolorosos de nuestra vida, a meditarlos a la luz de la Palabra de Dios para buscar y descubrir en ellos las huellas de la obra de Dios; a reconocer en los acontecimientos de la vida cotidiana la acción de Aquel que conduce nuestras vidas hacia el cumplimiento de sus promesas de amor... Este es un aspecto tan importante y decisivo de la fe.
- * Preguntémonos: ¿sabemos mirar los hechos de nuestra vida cotidiana a la luz de la voluntad de Dios, lo que nos sucede, lo que no podemos explicar, lo que parece imposible o difícil o

doloroso? ¿Sabemos preguntarnos cada vez: qué quiere el Señor de mí en este momento, en esta situación, qué me está diciendo el Señor a través de este hecho o de esta persona...?

La Palabra del Papa

Así hicieron también María y José, y no fue fácil: ¡cuántas dificultades tuvieron que superar! No era una familia artificial, no era una familia irreal. La familia de Nazaret nos compromete a redescubrir la vocación y la misión de la familia, de cada familia. Y, como sucedió en esos treinta años en Nazaret, así puede suceder también para nosotros: convertir en algo normal el amor y no el odio, convertir en algo común la ayuda mutua, no la indiferencia o la enemistad. No es una casualidad, entonces, que «Nazaret» signifique «Aquella que custodia», como María, que —dice el Evangelio— «conservaba todas estas cosas en su corazón» (cf. *Lc 2, 19.51*). Desde entonces, cada vez que hay una familia que custodia este misterio, incluso en la periferia del mundo, se realiza el misterio del Hijo de Dios, el misterio de Jesús que viene a salvarnos, que viene para salvar al mundo. Y esta es la gran misión de la familia: dejar sitio a Jesús que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. (*Papa Francisco, Audiencia general, 17 diciembre de 2014*)

La Palabra y la Vida de Don Orione

Nuestra Congregación quiere ser y es todo sobre María...

¿Por qué? Porque Ella es la «Theotokos», la «Deipara», la «Mater Dei», la inmaculada «Madre de Dios».

He aquí, pues, nuestra tarea: asociar a María con Jesucristo en todo acto religioso, y confesar su divinidad...

Repetimos, con las aclamaciones del Concilio de Éfeso, nuestra fe en la divinidad de Cristo y en la maternidad divina de María...

Al grito de «Maria Mater Dei» profesamos nuestra fe; profesamos, en Cristo, la unión de la divinidad con la humanidad y, en el hombre, la elevación de la humanidad asumida por la divinidad; en María, pues, profesamos la más alta dignidad a que puede ser elevada una criatura, y la más alta prerrogativa, la más poderosa: la Maternidad Divina... (con Don Orione hacia María pg.188/189)

Rezamos con Don Orione

Dios te salve, Santa Madre de Dios,

Madre de la Divina Providencia y Madre nuestra, a ti, benigna y misericordiosa, omnipotente sobre el corazón de tu Hijo Jesús, confiadamente nos dirigimos.

Ven, oh Madre, ven y cuida de nosotros.

He aquí, toma la llave de nuestros corazones: ven a gobernar y custodiar, ven a defender nuestra casa, la Iglesia y el mundo entero.

Danos, oh María, un alma grande y magnánima, paciente en la prueba, fuerte en la esperanza ardiente en el amor a Dios y a nuestros hermanos.

Santa Madre, acuérdate de nosotros ante los ojos de Dios, cuida los pasos de nuestra vida hasta el santo Paraíso, cerca de Ti, María, siempre con Jesús, siempre contigo, Santa Madre del Señor.

Texto del Evangelio:

Hagan. (Jn 2, 1-5).

Tres días más tarde se celebraba una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. También fue invitado Jesús a la boda con sus discípulos. Sucedió que se terminó el vino parado para la boda, y se quedaron sin vino. Entonces la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino.» Jesús le respondió: «¿Qué quieres de mí, Mujer? Aún no ha llegado mi hora.» Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan lo que él les diga.»

Meditamos

- * «Hacer» es la invitación que María dirige a los criados de Caná, después de haber hablado con Jesús. Es la «última palabra» que María pronuncia en el Evangelio. La madre se da cuenta de la falta de vino y, preocupada por el desconcierto en que se encuentra la joven pareja, llena de confianza expresa su preocupación a Jesús. María «pide a Jesús el don». María «reza» por la humanidad privada de amor, alegría y fiesta.
- * De Jesús pide María el don del vino; a cambio, de María pedirá Jesús el don de sí misma, ¡cuando llegue la hora del calvario y ella esté al pie de la cruz! Al decir a los sirvientes: «haced lo que él os diga», María repite su «sí» a Jesús: seguir a su Hijo y compartir la «hora» de su misión.
- * María, con su fe, se convierte en instrumento del crecimiento en la fe de los demás. Es ella quien provoca el primer milagro de Jesús, es ella quien intercede por estos recién casados, incluso forzando a Jesús y anticipando la hora de la manifestación de su hijo.
- * Y a partir de ese momento, los discípulos empiezan a creer en él: María es, pues, la ocasión y el instrumento del nacimiento de la fe de los discípulos... Ella cree firmemente, está segura de que su hijo realizará el milagro, a pesar de la respuesta de Jesús; esta fe fuerte suya obtiene el milagro que luego hará nacer la fe también en los discípulos.
- * He aquí una 5ª actitud de fe que aprendemos de María:
 - ✓ es la dimensión de la misión, que es ante todo misión de intercesión: pedir a Jesús que realice su milagro de amor hacia los necesitados de su gracia;
 - ✓ y luego es misión de testimonio y ejemplo, atrayendo a los que ven hacia la opción de la fe; es convertirse en instrumento del crecimiento de la fe de los demás.
- * Preguntémonos: ¿qué ejemplo de fe, de confianza cierta, puedo dar a mis hermanos y hermanas? (recordemos la palabra de Jesús que nos pide ser luz del mundo y sal de la tierra, que nos dice que debemos estar como una lámpara en lo alto para alumbrar a todos los de casa).
- * ¿Puedo hacer oración de intercesión? Invocar al Señor por el bien de los demás, no sólo por mis propias necesidades; por la fe de todos, especialmente de los que están más en dificultad, como en dificultad estaban los novios en Caná.

La Palabra del Papa

La Virgen se da cuenta del problema y lo señala con discreción a Jesús. Y Él interviene sin clamor, casi sin que se note. Todo se desarrolla reservadamente, “detrás del telón... Es bello pensar que el primer signo que Jesús cumple no es una curación extraordinaria o un prodigio en el templo de Jerusalén, sino un gesto que sale al encuentro de una necesidad simple y concreta de gente común, un gesto doméstico, un milagro —digámoslo así— “de puntillas”, discreto, silencioso.

Jesús, en cambio, hace que la fiesta termine con el mejor vino. Simbólicamente esto nos dice que Dios quiere lo mejor para nosotros, nos quiere felices. No se pone límites y no nos pide intereses.... No, la alegría que Jesús deja en el corazón es alegría plena y desinteresada. Probemos hoy a buscar entre nuestros recuerdos los signos que el Señor ha realizado en nuestra vida. Que cada uno diga: en mi vida, ¿qué signos ha realizado el Señor?: ... Cada uno de nosotros ha vivido estos momentos en su historia. Revivamos los momentos en los que hemos experimentado su presencia y la intercesión de María. Que ella, la Madre, que como en Caná está siempre atenta, nos ayude a atesorar los signos de Dios en nuestra vida. (*Papa Francisco, Angelus, 16 de enero de 2022*).

La Palabra y la Vida de Don Orione

La compra del internado «S. Giorgio» en Nueva Liguria

«¡Recen a la Virgen! Mañana, 1 de mayo, firmaré el acuerdo en Novi...». Mientras tanto, Don Orione había ido a menudo a rezar a la Lacrimosa, el antiguo retrato de la Virgen, que guarda - por antigua dedicación - las llaves de plata de la ciudad. ...

Mons. Remotti recuerda: «Una tarde de noviembre de 1923, Don Orione vino al colegio, donde yo era coadjutor; entró en la sacristía, me tomó de la mano y me llevó ante la Santísima Virgen de la Lacrimosa; allí rezó durante una media hora... Luego me dijo: “Debo decirte algo en confianza; he decidido comprar San Giorgio... quiero revivirlo..., será un centro vivo de cultura y de fe...”.

Las negociaciones fueron muy laboriosas, y a veces parecían a punto de naufragar; los tiempos eran difíciles, la oposición fuerte, el ambiente frío y hostil. Pero el espíritu de fe del P. Orione se sobrepuso a todo y a todos. Así que aquí están, todos los miembros del consejo municipal, y frente a Don Orione, reunidos en el gran salón del municipio. Se trata de proyectar el compromiso y firmarlo, y hacer un compromiso de vida, para una ruina, gloriosa como quieras, pero una ruina, sin alma...

El momento es solemne. Don Orione se levanta, pide misericordia: - Soy un pobre sacerdote, dice, soy un trapo de Dios; no puedo hacer nada sin su ayuda. Permitidme invocar a Nuestra Señora, vuestra Lacrimosa. Invoquémosla juntos, antes de firmar, vuestra patrona: vuestros mayores pusieron en sus manos las llaves, las llaves de plata de vuestra ciudad... Así diciendo, se levanta y, ante la mirada de todos, se persigna: y los que están fascinados, se levantan y se persignan; y luego, arrodillándose y reclinando la cabeza sobre el antebrazo derecho apoyado en la mesa, entona el Ave María, y los, conquistados, le ríen con humor. -Ahí está bien -añade, empuñando la pluma-, ¡ahora firmo seguro! ...». La Virgen Lacrimosa había respondido a la ferviente plegaria del Siervo de Dios. (DOLM, 781-783)

Rezamos con Don Orione

Oh, que Nuestra Santísima Señora esté siempre en nuestras mentes, en nuestros corazones, en nuestros estudios, en nuestro trabajo, en todas nuestras acciones. Es la Iglesia católica la que nos lo dice, nos lo recomienda, nos lo enseña y nos lo inculca en su venerable liturgia de todos los pueblos que viven en la fe. ¡María, siempre María! María en la tribulación, María en la alegría; María en la salud, María en la enfermedad; María en la pobreza, María en la abundancia; María en la humillación, María en los honores; María en la gracia, María en el pecado; María en la juventud, María en la vejez; María en la vida, María en la muerte, María en la eternidad. ¡María, siempre María! (Don Orione en La luz de María, vol. 1)

Evangelio:

Estaba. (Jn 19, 25-27).

Cerca de la cruz de Jesús estaba su madre, con María, la hermana de su madre, esposa de Cleofás, y María de Magdala. Jesús, al ver a la Madre y junto a ella al discípulo que más quería, dijo a la Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Después dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa.

Meditamos

- * La palabra «Estaba» marca la existencia de la Virgen que sigue a su Hijo hasta el final, bajo la cruz. María es la mujer del «don», iniciado en la oración de súplica en Caná y realizado en la ofrenda de su propia maternidad a su Hijo y a la Iglesia, representada por el discípulo amado.
- * He aquí la sexta actitud de fe que aprendemos de María: «estar» al pie de la cruz: María nos hace comprender aquí cómo no podemos decir que nos encontramos realmente con Jesús si no estamos dispuestos a «estar» con Él al pie de la cruz.
- * En María, esta participación en la cruz de Jesús está presente desde el principio, a partir de la profecía de Simeón, con el nacimiento en una cueva porque no había sitio para ellos; hasta la huida a Egipto, porque la vida del niño estaba amenazada; desde su desconcierto en Jerusalén, donde ella se oye decir que el hijo no es de ella y de José, sino de otro padre; hasta cuando él mismo le dice «quién es mi madre», ... hasta que lo ve en la cruz agonizante y luego muerto en sus brazos...
- * Imaginemos el calvario al que fue sometida su fe en la promesa... pero María «permaneció» junto a la cruz. Este 'estar de pie' no es sólo una nota geográfica, no expresa sólo el lugar, el dónde, sino que expresa la elección de permanecer allí, fiel y segura de que, incluso en aquella situación aparentemente desesperada, Dios estaba cumpliendo su plan... María está bajo la cruz porque asume y hace suyo el sufrimiento de su Hijo; María llevó espiritualmente la cruz con Jesús durante toda la subida al Calvario y ahora está crucificada con Él.
- * Intentemos entrar en el corazón de María: ese hijo crucificado es el hijo del que el ángel había profetizado: «Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y ahora está ahí, colgado de la cruz, escarnecido, insultado, abandonado por los suyos. Es el momento de la prueba de la fe, una prueba muy profunda y dolorosa.
- * Pero si grande fue la prueba bajo la cruz, más grande aún fue la fe de María que su sufrimiento. María está bajo la cruz porque sabe que Dios es fiel a sus promesas. María, que está bajo la cruz, enseña la esperanza, porque cree que la promesa de Dios se cumple, incluso a través de la cruz.
- * Preguntémosnos: ¿sé aceptar los momentos de dificultad, sé mantenerme firme en la certeza de que mi Dios está ahí y me ama incluso cuando las cosas van mal, incluso cuando parece que hasta Él me ha abandonado... sé mantenerme firme cuando mis deseos, mis expectativas, parecen frustrarse por las pruebas y las decepciones.... Puedo mantenerme firme en la certeza de que el plan de Dios nunca falla, y que los caminos del Señor son a veces oscuros, pero siempre seguros.

La Palabra del Papa

María que, con maternal solicitud, cuidó de que no faltara el vino en las bodas de Caná, compartió con su Hijo la misión de salvación, hasta el pie de la Cruz. En ese momento, en el dolor agonizante experimentado en el Calvario, comprendió la profecía de Simeón: «Una espada atravesará también tu alma». El sufrimiento del Hijo moribundo, que tomó sobre sí los pecados y las aflicciones de la humanidad, la traspasó también a Ella. Jesús lacerado en la carne, el Varón de dolores desfigurado por el mal; María, lacerada en el alma, la Madre compasiva que recoge nuestras lágrimas y al mismo tiempo nos consuela, indicándonos la victoria definitiva en Cristo.

Y María de los Dolores, bajo la cruz, simplemente permanece. Permanece bajo la cruz. No huye, no intenta salvarse, no utiliza artificios humanos ni anestésicos espirituales para escapar del dolor. Esta es la prueba de la compasión: permanecer bajo la cruz. Permanecer con el rostro marcado por las lágrimas, pero con la fe de quien sabe que en su Hijo Dios transforma el dolor y vence la muerte.

Y también nosotros, mirando a la Virgen Madre de los Dolores, nos abrimos a una fe que se hace compasión, que se hace compartir la vida hacia los que están heridos, los que sufren y los que se ven obligados a llevar sobre sus hombros pesadas cruces. Una fe que no se quede en lo abstracto, sino que nos haga entrar en la carne y nos haga compadecernos de los necesitados. Esta fe, con el estilo de Dios, humildemente y sin clamores, levanta el dolor del mundo e irriga de salvación los surcos de la historia. (*Papa Francisco, Homilía, 15/09/2021*)

La Palabra y la Vida de Don Orione

Cuando se abrió la primera Casa en San Bernardino, Don Orione y sus primeros alumnos colocaron en la capilla una estatua de Nuestra Señora, que había sido donada por un benefactor de Novi Ligure, el abogado Serra. Era una estatua de Nuestra Señora de los Dolores. Don Orione nos dice: «... el primer día que marcó el nacimiento de nuestra Congregación, el primer grupo de jóvenes, reunidos bajo los auspicios de la Divina Providencia, fue ofrecido de manera especial a Nuestra Señora de los Dolores... Nuestra Señora de los Dolores suele ser representada vestida de rojo, porque el rojo simboliza el dolor y el amor, con las manos juntas, la mirada dirigida al cielo y la espada atravesando su corazón. Esta estatua cruza los brazos sobre el pecho y levanta los ojos al cielo: así debía de estar María al pie de la Cruz, cuando Jesús agonizaba, en aquel momento sagrado y solemne en que Jesús nos dio el derecho de llamarla Madre María, la Madre de Dios... Cuando los chicos vieron que la Virgen tenía una espada clavada en el corazón, se volvieron hacia mí y me dijeron: «¿Cómo es que tenemos que tener una estatua de la Virgen con una espada clavada en el corazón? No, ¡no queremos que tenga una espada en el pecho!». ... Rompieron, pues, su espada y, habiéndose hecho traer cerillas, la quemaron allí, en medio del jardín, y dijeron: «Así sean quemados nuestros pecados...». ... Y en lugar de espada le pusieron un corazón de plata. Esta vieja estatua es la primera Madre de la Divina Providencia. Siempre ha permanecido así. Todo cambia en esta Casa, todo pasa: sólo una cosa no cambia aquí y no cambiará: la imagen de nuestra querida Madre de la Divina Providencia».

Rezamos con Don Orione

Siempre, oh Nuestra Señora, hablaremos de Ti, narraremos Tus glorias, difundiremos Tu devoción, daremos a conocer las maravillas de Tu bondad como Madre. Bendícenos a nosotros y a nuestro trabajo, bendice a todos tus devotos, a todas las almas buenas. Bendícenos a nosotros, tus siervos, tus hijos, sedientos de tu amor. Que tu gracia descienda como rocío, como lluvia benéfica sobre nosotros y sobre todos, cercanos y lejanos, amigos y enemigos, buenos y

malos: tú, oh María, eres la Madre de todos, de todos quieres ser la luz, el consuelo y la salvación.

Y nosotros, humildes y fieles a tus pies y a los de la Iglesia, elevaremos todavía y siempre himnos de amor y de acción de gracias a ti, ¡oh Santa Madre de la Guardia!

Evangelio:

Juntos. (Hech 1, 12-14).

Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista de la ciudad como media hora de camino. Entraron en la ciudad y subieron a la habitación superior de la casa donde se alojaban. Allí estaban Pedro, Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Simón el Zelotes, y Judas, hijo de Santiago. Todos ellos perseveraban juntos en la oración en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

Meditamos

- * Se dice que María está con los apóstoles en el Cenáculo, después de la ascensión de Jesús al cielo, y cuando desciende el Espíritu Santo en Pentecostés. Podemos imaginar que Juan, habiéndola llevado consigo después de que Jesús se la confiara desde la cruz, la había acogido como a su madre, convirtiéndola así en madre de la Iglesia naciente (y su presencia en el momento de Pentecostés, cuando nació la Iglesia, es una confirmación de ello); podemos imaginar, por tanto, que María mientras vivió permaneció dentro de la comunidad, implicada en la vida de los discípulos que le habían sido entregados por su Hijo en la cruz.
- * María y la Iglesia son indivisibles; la fe de María se convierte en la fe de la Iglesia, la fe de la Iglesia se nutre ahora también del ejemplo, el testimonio y la intercesión de la fe de María.
- * He aquí una última actitud de fe, la séptima, que aprendemos de María: la fe se vive en y con la comunidad eclesial. Nuestra fe es, en efecto, personal, pero no individualista: es fe en comunidad; porque los cristianos, como dice la Escritura, formamos un solo cuerpo con Jesús como cabeza, y somos miembros los unos de los otros. Un miembro no puede vivir sin los demás, separado del resto del cuerpo. La sangre no circula, el miembro muere y el cuerpo sufre, si hay separación...
- * Así es nuestra fe: si permanezco separado de la Iglesia muero espiritualmente y la Iglesia sufre: la vida no circula...
- * He aquí la importancia de la comunión fraterna y del compartir en la comunidad cristiana para vivir la fe y encontrar a Jesús. María vivió su fe y su relación de amor con su Hijo Jesús en el seno de la comunidad apostólica.
- * Preguntémonos: ¿cómo es mi relación con el resto de mi comunidad? ¿Cómo comunico y comparto mi fe con los demás? ¿Veo en los demás hermanos y hermanas sin los cuales mi relación con Jesús no es completa y vital? ¿Los veo como miembros de ese cuerpo del que yo también formo parte y que tiene una sola cabeza y un solo corazón, que es Jesús?

La Palabra del Papa

En el relato de la pesca milagrosa (Lucas 5:1-11), Jesús encomienda a Pedro la tarea de hacerse a la mar, pero luego habla en plural, diciendo «echad las redes»: Pedro dirige la barca, pero

todos están en la barca y todos son llamados a echar las redes. Todos. Y cuando pescan una gran cantidad de peces, no piensan que pueden hacerlo solos, no manejan el regalo como posesión y propiedad privada, sino que, dice el Evangelio, «hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Así llenaron de peces las dos barcas. Una significa soledad, cerrazón, pretensión de autosuficiencia, dos significa relación. La Iglesia es sinodal, es comunión, ayuda mutua, camino común...

En la barca de la Iglesia debe haber sitio para todos: todos los bautizados están llamados a subir a bordo y echar las redes, comprometiéndose personalmente en el anuncio del Evangelio ... Que la Iglesia no sea una aduana, para seleccionar quién entra y quién no. Cada uno, con su vida a cuestas, con sus pecados, tal como es, ante Dios, tal como es ante la vida ... Las redes de los primeros discípulos se convierten, pues, en una imagen de la Iglesia, que es una «red de relaciones» humanas, espirituales y pastorales. Si no hay diálogo, si no hay corresponsabilidad, si no hay participación, la Iglesia envejece. (*Papa Francisco, Lisboa, 2 agosto 2023*).

La Palabra y la Vida de Don Orione

El 10 de marzo de 1916 el P. Orione escribió una sentida carta, dirigida al P. Carlo Dondero, Superior de la primera comunidad misionera orionita en Mar de Espanha, Brasil. En ella expresaba paternalmente su preocupación y dolor por una comunidad que parecía en vías de perder su bien más preciado: la unidad en la caridad fraterna:

... ¡Cuando hay buen espíritu y la caridad que es precepto del Señor, todo marcha y todos los hijos son felices, incluso en las dificultades, y viven felices! La caridad es la nota distintiva de los discípulos de Jesucristo: es humilde y abnegada, se hace todo a todos, se compadece de las faltas ajenas, es ilustrada y prudente, goza del bien de las personas y desea constatarlo ella misma. La caridad tiene en gran estima a todos sus prójimos: interpreta de la manera más favorable las palabras y las acciones de los demás y pone su felicidad en poder hacer todo el bien a los demás.

Es verdad que me dais buenas noticias de la producción de habas, de arroz: me habláis de cursos de agua y de carros, etc., pero ¿qué me importa, oh hijo mío, todo esto, si no hay unidad y caridad entre vosotros, y quién se ha ido de un camino y quién quiere irse de otro? Os lo digo en Jesucristo: ¿estáis unidos por el amor del Señor? Y el Señor os bendecirá y os hará santos y sois hijos de la divina Providencia. Pero si este espíritu de humilde y dulce caridad y trabajo por las almas, unión en paz y concordia de corazones y santa vocación, no está entre vosotros, ¿qué pretenderéis construir? ¿Qué frutos de vida eterna pueden producir las espinas de la discordia? ¿Cómo pretendéis ser Apóstoles de la fe y de la paz y del amor de Dios, si ni siquiera está entre vosotros la paz, y no está entre vosotros la caridad de Jesucristo? Los siervos de Dios todo lo pueden cuando llevan en su corazón y en sus obras la humilde, benigna y dulce caridad del Señor. ¡El camino de la caridad fraterna es un camino muy corto para llegar a ser santos! ¡Ah! mis queridos hijos, ¡qué dolor, qué profunda pena me hacéis al veros discordantes! (Scr. 29, 20-21).

Rezamos con Don Orione

Siempre, oh Nuestra Señora, hablaremos de ti.

Narraremos tus glorias, difundiremos tu devoción, daremos a conocer las maravillas de tu bondad de Madre...

¡Bendícenos a nosotros y a nuestro trabajo!

Bendice a todos tus devotos, a todas las almas buenas.

Bendícenos a tus siervos, a tus hijos, sedientos de tu amor.

Que tu gracia descienda como un rocío como lluvia benéfica sobre nosotros y sobre todos, cercanos y lejanos, amigos y enemigos, buenos y malos: tú, oh María, eres la Madre de todos, de todos quieres ser luz, consuelo y salvación.

Y nosotros, humildes y fieles a tus pies y a los de la Iglesia, te elevaremos todavía y siempre himnos de amor y de acción de gracias,

¡Oh santa Virgen! (DOLM, 1679)

Rosario de las Siete Palabras de María

En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dios te salve, Santa Madre de Dios, Madre de la Divina Providencia y Madre nuestra, a ti, benigna y misericordiosa, omnipotente sobre el corazón de tu Hijo Jesús, recurrimos confiadamente.

Ven, oh Madre, ven y cuida de nosotros.

He aquí, toma la llave de nuestros corazones:

Ven a gobernar y a custodiar, ven a defender nuestro hogar, la Iglesia y el mundo entero.

Danos, oh María, un alma grande y magnánima, paciente en la prueba, fuerte en la esperanza, ardiente en el amor a Dios y a nuestros hermanos.

Santa Madre, acuérdate de nosotros ante los ojos de Dios, cuida los pasos de nuestra vida hasta el santo Paraíso, cerca de Ti, María, siempre con Jesús, siempre contigo, ¡Santa Madre del Señor!

(San Luis Orione)

No son muchas las Palabras de María que nos han llegado a través de los Evangelios, pero todas son para meditarlas y atesorarlas en el corazón, pidiendo la gracia de poder ponerlas en práctica en nuestra historia personal, para alabanza y gloria de la Santísima Trinidad.

Oh Dios, ven y sálvame. Señor, ven pronto en mi ayuda. Gloria

1ª Meditación: «¿Cómo será esto, pues no conozco a nadie?» (Lc 1,34)
Padre nuestro, 7 avemarías, Gloria

María, Madre de Dios y Madre nuestra, ayúdanos a acoger el Misterio con fe humilde, que no pretende comprender los Caminos del Señor.

2ª Meditación: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38)
Padre nuestro, 7 Avemarías, Gloria

María, Madre de Dios y Madre nuestra, ayúdanos a responder plenamente a nuestra llamada a la santidad.

3ª Meditación: «Saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno». (Lc 1, 40-41)
Padre nuestro, 7 avemarías, Gloria

María, Madre de Dios y Madre nuestra, ayúdanos a escuchar tus exhortaciones maternas para descubrir la presencia del Señor en los acontecimientos de nuestra vida.

4ª Meditación: Magnificat

Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador,

porque ha mirado la humildad de su sierva.

Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Grandes cosas ha hecho en mí el Todopoderoso, y santo es su nombre:

De generación en generación se extiende su misericordia sobre los que le temen.

Ha desplegado el poder de su brazo Ha dispersado a los soberbios en los pensamientos de sus corazones;

Ha derribado a los poderosos de sus tronos Ha enaltecido a los humildes
sació de bienes a los hambrientos, envió con las manos vacías a los ricos.

Ha socorrido a su siervo Israel, acordándose de su misericordia

como prometió a nuestros padres, a Abrahán y a su descendencia para siempre (Lc 1,46-55)

Padre nuestro, 7 avemarías, Gloria

María, Madre de Dios y Madre nuestra, ayúdanos a creer en Dios y en su Amor Infinito, a alabarle y darle gracias en todas las circunstancias.

5ª Meditación: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo, angustiados te buscábamos». (Lc 2,48)

Padre nuestro, 7 avemarías, Gloria

María, Madre de Dios y Madre nuestra, ayúdanos a vencer las tentaciones de tristeza y el desánimo y a no encerrarnos en nosotros mismos cuando estemos en la prueba.

6ª Meditación: «Ya no tienen vino». (Jn 2,3)

Padre nuestro, 7 avemarías, Gloria

María, Madre de Dios y Madre nuestra, ayúdanos a superar nuestro egoísmo e interceder por las necesidades de los demás.

7ª Meditación: «Todo lo que él les diga, haganlo». (Jn 2,5)

Padre nuestro, 7 avemarías, Gloria

María, Madre de Dios y Madre nuestra, ayúdanos a obedecer al Señor en toda situación con fe, amor y gratitud.

Salve Regina

Oración final

Virgen y Madre María, tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la vida en la profundidad de tu humilde fe,
totalmente entregada al Eterno, ayúdanos a decir nuestro «sí»
ante la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.

Tú, llena de la presencia de Cristo, llevaste la alegría a Juan el Bautista,
haciéndolo exultar en el seno de su madre.

Tú, estremecida de gozo, cantaste las maravillas del Señor.

Tú, que estuviste plantada ante la cruz

con una fe inquebrantable y recibiste el alegre consuelo de la resurrección, recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu para que naciera la Iglesia evangelizadora.

Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte.

Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga.

Tú, Virgen de la escucha y la contemplación, madre del amor, esposa de las bodas eternas, intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo, para que ella nunca se encierre ni se detenga en su pasión por instaurar el Reino.

Estrella de la nueva evangelización, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros. Amén. Aleluya.

(Papa Francisco, Evangelii gaudium)